

Barcelona, un mes 2 Ptas.
Fuera, trimestre 7'50
Portugal, " 8'50
América, " 8'50
Demás países, 25

Las obras de Balmes

El mejor monumento

Los libros deben de tener, sin duda, algo femenino, puesto que su exterior, su forma, influye siempre, y muchas veces de una manera irreparable, en el juicio que formulamos acerca de su contenido. Recordando, por ejemplo, que una de las lecturas más áridas más antipáticas de mi vida, fué, hace años, la de las obras de Balmes. Esta impresión procedía, en gran parte, de la fealdad de los tomos que la produjeron. ¿Tenéis presentes aquellas abominables ediciones usuales de *El Criterio*, *El Protestantismo* o la *Filosofía fundamental*? Papel barato, tipos gastados, impresión de manifiesto electorero o de hoja dominical, cubiertas amarillentas, de melodrama en seis actos, y el conjunto de una sordidez sistemática. ¡Era imposible amar a Balmes bajo aquella apariencia de pordiosero!

Se ha necesitado que transcurriesen casi ochenta años después de su muerte, para que la interesante figura del ex seminarista de Vich apareciera, por fin, revestida como le pertenece. Asombra constatar que el catolicismo español haya dejado tanto tiempo casi olvidada la obra del apologista más grande que tuvo en el siglo XIX. Se podrían deducir no pocas consideraciones de este hecho sintomático. Pero, nunca es tarde cuando llega. Y la edición digna, la edición definitiva de las obras completas de Balmes, está comenzando a aparecer entre nosotros. Los dos primeros tomos, *El Criterio* y *Biografías*, han salido ya. A esos volúmenes les corresponderá, respectivamente, los números XV y XII en el conjunto de la edición, que contendrá XXXIII tomos. Dentro de un año todos habrán aparecido. La empresa, pues, ha tardado, pero está en buen camino y en muy buenas manos. La dirige un jesuita entusiasta y sagaz, el P. Ignacio Casanovas, y surge de un centro de estudios religiosos, la Biblioteca Balmes, de Barcelona (Durán y Bas, 11), que todavía es poco conocida, a pesar de su excelente biblioteca especializada y de la admirable y fecunda paz de recogimiento espiritual que se disfruta en su silencioso ámbito.

Evoquemos brevemente la figura de Balmes. ¿Qué fué ese hombre? ¿Qué valor tiene su obra? La nueva edición, en la que por vez primera podrán abarcar muchos de sus escritos menos conocidos y su interesante epistolario, hará posible fijar definitivamente el relieve y la importancia de esa personalidad que hasta ahora ha sido, quizás, mucho más zarandeada que comprendida a fondo.

Yo creo, por ejemplo, que se impondrán curiosas y profundas modificaciones, insospechados retoques a la imagen que la rutina tradicional ha perpetuado de Balmes. Aunque no contribuyera más que a eso, a enfocar de una manera más exacta una silueta espiritual que, además de ser vaga, se nos aparece hoy envuelta en muchos «halos» y veladuras debidos a la pésima calidad de las lentes de que disponíamos, la obra del P. Casanovas merecería el aplauso y la ayuda de todos los estudiosos. Sospecho que Balmes no es como nos lo presentan comúnmente. Tuvo algo más y algo menos. En todo caso, yo me lo imagino de una manera muy distinta.

Primeramente. Los pintores de academia suelen pintarnos a Balmes como un filósofo extraordinario, como un gran pensador, contemplativo y desinteresado. Esta *pese*, a mi juicio, ya es falsa, por lo menos en parte. Balmes quizás habría llegado con el tiempo a ser un filósofo interesantísimo dentro de la ortodoxia católica. En su *Filosofía fundamental* hay atisbos y tendencias remotamente antiaristotélicas y más directamente antiescolásticas, que habrían podido germinar y desarrollarse más tarde. Si Balmes hubiese vivido setenta años; si las amarguras y desengaños que la política comenzó a acarrearle y sin duda le habría acarreado copiosamente después, hubieran logrado apartarle de la vida azarosa y recogerle en sí mismo, quizás Balmes apareciese hoy como el renovador decisivo de la filosofía tradicional en las escuelas católicas, como una especie de Mercier, pero con mucha más originalidad, mucha más amplitud y sobre todo mucha más audacia. Pero lo cierto es que Balmes vivió únicamente 38 años (1810-1848), y que la muerte le sorprendió cuando sus especulaciones filosóficas personales sólo comenzaban a remontar el vuelo por encima del surco tradicional escolástico. La filosofía de Balmes, lo que puede atribuirse a su pensamiento original, fué corto y tímido como el canto de la alondra.

Rectifiquemos, pues, el retrato académico y polvoriento. Balmes no fué un gran pensador. ¿Qué fué entonces? Balmes fué, ante todo y sobre todo, un hombre de acción. No un contemplativo, sino un agen-

te. No un desinteresado, sino un apasionado, un enamorado de sus convicciones. No un filósofo, sino un publicista, un polemista, un apologista incansable.

Reflexionad un momento ante estas pinceladas que cambian por completo la interesante silueta. Ved como el retrato, gracias a ellas, se anima, cobra vida y realidad. Exageramos un poco el trazo, para que destaque bien el contraste. Balmes no se parece en nada a Descartes, a Kant, al mismo Tomás de Aquino. ¿A quién se parece pues? Salvando todas las diferencias de estilo y ateniéndonos únicamente al dinamismo espiritual, se parece a Veuillot, a Lacordaire, a Wiseman, a Perro-ne. Balmes forma parte de aquel gran esfuerzo que hizo el catolicismo en el siglo XIX y en toda Europa, y cuya figura culminante fué, quizás, la de un amigo que Balmes encontró en Bruselas, monseñor Pecci, el futuro papa León XIII. Fué un esfuerzo casi militar, emprendido por una brillante falange de esgrimidores audaces y nobles, *sans peur et sans reproche*. Y su fracaso social en modo alguno es imputable a ellos, sino que debe atribuirse por entero a los invencibles obstáculos que les rodeaban y que al fin les aplastaron. La obra entera de Balmes está marcada con ese sello, con esa peculiar vibración entusiasta del combatiente. Sus ideas no son ideas desnudas, son ideas armadas. Todo, hasta la especulación filosófica, lo emplea Balmes para su fin único y obsesivo: luchar.

Esta pelea frenética duró tan sólo ocho años. Pero en realidad la vida de Balmes fué una lucha continua. Era pobre; era, además, de constitución enfermiza. Permanecía alejado de risas y juegos, y casi ni conoció siquiera las candidas alegrías de la infancia. Primero luchó con la miseria, después se batió ásperamente por abrirse paso en la carrera eclesiástica y procurarse, entre vigilias y privaciones, una formación espiritual. Así pasó los treinta primeros años de su vida, sin moverse de Cataluña, en oscuras y afanosas idas y vueltas de Vich a Cervera, de Cervera a Barcelona, y de Barcelona a Vich. Cuando en 1840 se lanzó a la pelea ideal que le absorbió por entero, sólo le quedaban ocho años de vida. Entonces anduvo continuamente de Barcelona a Madrid, de Madrid a París, de París a Londres, y de Londres a Madrid otra vez, hasta que se agotó materialmente, hasta que no pudo más, hasta que la tisis le sacó por fuerza del remolino mundanal y lo arrojó brutalmente a la playa nativa, para que fuese a morir en su casaca de Vich como un naufrago.

Lo imponente de la obra de Balmes es pensar que fué realizada en un período brevísimo. Su obra entera, casi todos los XXXIII volúmenes de 400 páginas que ahora va a darnos la Biblioteca Balmes, fueron escritos de 1840 a 1848. Sus *Observaciones... sobre los bienes del clero*, son de 1840. El tomo primero de *El Protestantismo* apareció en 1841, y el último en 1844. *El Criterio* fué escrito durante el otoño de 1843 y se publicó en 1845. La *Filosofía fundamental* es de 1846. En medio de su intensa labor Balmes viajaba continuamente y llevaba sobre sus hombros el peso de graves cuestiones dinásticas, políticas y religiosas. Y al mismo tiempo que las obras citadas, muchas de las cuales hubieran requerido la vida entera de un hombre, y no los ocho años que en conjunto abarcaron, Balmes daba todavía a *La Civilización*, a *La Sociedad* y a *El Pensamiento de la Nación*, las revistas influenciadas o fundadas por él, una labor de publicista que, recogida ahora en sus obras completas, abarcará diez tomos. He aquí, pues, otro retoque imprescindible al retrato estereotipado que suelen darnos de Balmes, a base de su ecuanimidad, de su templanza, de su *seny* y de su ponderación, considerados en un sentido puramente estático. Es indudable que Balmes gozó de esas cualidades y del sentido práctico que se atribuye a su raza. Pero nunca debe olvidarse, ante su figura y su obra, que esas cualidades las empleó dinámicamente, con la fiebre arrebatada del combatiente incansable, con el frenesí del político, con el entusiasmo del apologista, con el desenfreno ideal del hombre que consume su vida noblemente, pero como una vela que arde a un tiempo por sus dos extremos.

He aquí, para terminar, el riesgo de una pequeña profecía. O mucho me equivoco, o la verdadera revelación de Balmes que nos será dada por sus obras completas, estribará en sus escritos políticos, que hoy son ya documentos históricos. Allí radica, creo yo, lo más interesante, lo más original y lo menos conocido del gran publicista vicense.

Se tiene noticia de algunos retratos de Balmes, entre ellos aquel lienzo «muy idéntico a su persona, hecho a pincel por Madrazo, pintor de Su Majestad», que figura en el minucioso inventario de cuanto el escritor tenía en sus domicilios de Madrid y Barcelona, hecho el mismo año

de su muerte, en 1848, por su hermano Miguel. El Dr. Campá, por otra parte, que asistió a Balmes en su última enfermedad, nos ha dejado una breve semblanza poco literaria, pero muy fiel y afectuosa de su ilustre cliente. «Don Jaime Balmes—dice el doctor—era de estatura más que regular, flaco, delgado y poco desarrollada su musculatura. Su tez, blanca y fina, los cabellos negros, la frente espaciosa y lisa. En sus ojos grandes, negros, vivos y bastante salidos de sus órbitas por entre sus párpados muy abiertos, brillaba la inteligencia y el ingenio...» Y el buen doctor prosigue acumulando rasgos morales y detalles fisiológicos en su retrato, barajando las cualidades de carácter con los defectos o flaquezas de temperamento.

Mas para un escritor todavía no se ha descubierto un retrato que pueda compararse al de sus propias obras. Los lienzos y estatuas, como los panegíricos y semblanzas, desmerecen siempre ante los textos en que se refleja, como en un espejo sin mancha, el alma de su autor. El mejor monumento que puede alzarse a la memoria de un hombre de letras, es la edición definitiva de las obras que dejó al morir. Por esto ni el mausoleo que tiene levantado Balmes en el claustro de la catedral de Vich, ni otra estatua alguna que se le erigiese, podría dar nunca de él una idea tan cabal y perfecta como la que ha de darnos esa colección de XXXIII tomos que nos ofrecen sus abnegados editores.

La más acabada de las estatuas de Balmes no llevará, pues, la firma de escultor alguno, sino la de un fervoroso propagandista de la apologética católica, el P. Ignacio Casanovas, S. J.

GAZIEL

Cartas de París

La crisis de la Hacienda y prosperidad de Francia

La crisis política, tal vez resuelta ya cuando esta correspondencia se publique, paraliza forzosamente los comentarios del periodista que ha de fijar su posición en una actualidad demasiado movidiza. Lo que en el momento de escribir, aquí, en París, parece digno de atención y base de comentarios periodísticos de algún interés, dentro de tres días, cuando éstos llegasen al lector, se vería tan sólo como un episodio mínimo de este interesante proceso político. Por lento que haya sido hasta ahora el desarrollo de la crisis, el correo es todavía más lento, y cualquier comentario sobre los hechos del instante ha de quedar forzosamente anticuado en el viaje de París a Barcelona.

Pero tal vez volviendo la vista hacia atrás se consiga dar mayor actualidad a los hechos. Se trata de muy pocos días antes, de precisar bien la situación financiera que ha motivado la crisis y a la cual habrá de hacer frente el nuevo gobierno de Francia. La crisis habrá sido un paréntesis, pero las causas que la produjeron continuarán actuando sobre la marcha política del país.

¿En qué situación financiera se hallaba Francia al producirse la caída del gabinete Herriot? La crisis es simplemente el puente que ha de comunicar al gobierno nuevo la situación que trataba de remediar el antiguo. Recojamos, pues, algunas cifras y presentemos algunos hechos para precisar, dentro de los límites de un trabajo periodístico, la situación financiera.

La guerra acumuló sobre Francia una deuda de 145 millares (ciento cuarenta y cinco mil millones). La post guerra aumentó esa deuda en 160 millares. Es decir, la reparación de la guerra ha sido más cara para Francia que la guerra misma, más costosa la convalecencia que la enfermedad. El ahorro francés fué dando al Estado su apoyo, le entregó su dinero, cubrió los empréstitos, pero fué acumulando naturalmente sobre ese mismo Estado la carga excesiva de los intereses y la amortización. El Estado iba formando sus presupuestos generales con déficit, hasta el de este año que era el primer presupuesto equilibrado desde la guerra, pero con esta particularidad: que en un presupuesto de 32 millares, 20 millares los absorbía la deuda. Al lado de estos presupuestos generales, existían los presupuestos de gastos recobrables. La contrapartida era simplemente un aumento de la deuda. Herriot la ha definido diciendo que era una «hipoteca de esperanza en Alemania». La contrapartida ha sido, pues, esta frase que condensa toda una política: «Alemania pagará». Esto era naturalmente lo justo y esto era, además, la legalidad establecida en los tratados. Pero Alemania no ha pagado. No solamente no ha pagado sino que su falta de pago ha impuesto nuevos sacrificios a Francia. La ocupación del Ruhr fué levemente productiva,

pero constituyó un arma política para realizar el plan Dawes, que marca los límites de la capacidad de pago de Alemania. La esperanza máxima de Francia es que el plan Dawes le haga ingresar durante unos pocos años tres millares anuales. La «hipoteca de esperanza» de que hablaba Herriot había dado, por lo tanto, poco rendimiento.

Mientras tanto, lo que no pagaba Alemania, iba saliendo del ahorro francés. Los recursos extraordinarios adoptados por los gobiernos han sido los empréstitos. Como medida fiscal, el Parlamento anterior aprobó la doble décima de recargo sobre las contribuciones y fué acostumbrándose el contribuyente al impuesto mínimo sobre la renta, mal recibido por el hombre que ahorraba. Caillaux admitió a este propósito la capacidad de pago del contribuyente inglés, llegando incluso al 50 por 100 de la renta, lo que permitió a Inglaterra equilibrar su presupuesto dos años después de la guerra. Pero el impuesto sobre la renta en Francia es nuevo, lo que hizo igualmente decir a Caillaux que con los impuestos nuevos ocurre como con los zapatos: que sólo se marcha bien con ellos cuando son viejos.

El aumento de la deuda ha creado en cada vencimiento una situación dramática a los ministros de Hacienda. El Banco acudía con su dinero y el Estado lo reembolsaba a medida que podía. Los saldos han ido liquidándose con un aumento en la circulación de billetes. Este ha sido el mecanismo de las relaciones entre el Tesoro y el Banco.

La crisis se produjo en el momento en que hubo necesidad de realizar un plan general de liquidación. Por una parte, el Banco pedía que se legalizase el límite de emisión a que se había llegado por sus avances al Tesoro. Por otra parte había que dar al Estado un plan completo de saneamiento financiero para hacer frente a esta situación.

Lo primero tiene un peligro: la inflación, que empieza cuando el papel que circula no está cubierto por el encaje en oro. Con la inflación resolvió Alemania el problema de su deuda interior, arruinando a sus acreedores, pero Francia no puede recurrir a ese procedimiento por varias razones, la más poderosa de ellas por respeto a su crédito, por honradez.

El empréstito no resolvería la situación mas que de momento, pero la agravaría a la larga. Quedan, pues, de arriados dos expedientes rápidos para fortalecer la Hacienda. El gobierno nuevo se ha de decidir sin embargo, por alguno de los planes propuestos de saneamiento financiero. El proyecto de Monzie consiste en una suscripción voluntaria del 10 por 100 del capital, declarado espontáneamente por el contribuyente según su declaración de renta por el año 1925, para un empréstito con el 2'40 por ciento de interés. La exacción de capital puede hacerse en plazos hasta diez años y pueden verse al empréstito toda clase de valores. Si el contribuyente no hace su declaración espontánea o intenta un fraude, entonces la suscripción se convierte en confiscación y ni recibe títulos ni cobra interés.

Frente a este proyecto, que es, sin duda, una genial improvisación del señor De Monzie, el señor Loucheur, uno de los políticos más competentes en cuestiones financieras de Francia, propone, en vez del impuesto sobre el capital cuya realización considera excesivamente audaz, un impuesto suplementario y temporal sobre la renta, es decir, sobre todos los valores mobiliarios e inmobiliarios, con opción, para quienes lo deseen, de liberarse por anticipación. Este impuesto, mantenido durante treinta años, permitiría a Francia amortizar en los diez primeros años su deuda flotante y en los veinte restantes su deuda consolidada. De este modo, la presente generación saldaría la totalidad de las deudas que la guerra y las reparaciones cargaron sobre Francia.

Todo ha de hacerse, pues, a costa del sacrificio del contribuyente francés, del que primero contribuyó con su sangre a defender a Francia y a los demás pueblos, y ahora contribuye con su trabajo, con su ahorro, con su dinero a liquidar la victoria. No sin admiración y simpatía podrá contemplarse el sacrificio de este pueblo admirable.

Pero no se crea que esta crisis del Tesoro es una crisis inquietante. Francia saldrá con sus propias fuerzas de esta situación deficitaria de su Hacienda, porque el país es rico y no depende casi del extranjero. La economía general de Francia es próspera y no tiene obreros parados, no hay crisis industrial ni agrícola. La única crisis es la de su Hacienda, pero para esto tiene soluciones la política, y para eso cambian los gobiernos, mientras la Francia laboriosa y con deseo de paz sigue dando al mundo el buen ejemplo de su vida de ahorro, de trabajo y de sacrificio.

CARLOS ESPLÁ

París y abril.